**Huellas con historia en Carro Quemado**

Caminar por las calles de mi querido Carro Quemado es, para mí, iniciar un viaje donde el pasado y el presente conversan en voz baja a través del arte. Cada rincón de este pueblo pampeano guarda una expresión que una y otra vez me invita a detener la marcha, mirar con atención y recordar quién soy y de dónde vengo.

Mi recorrido suele empezar en el acceso mismo a la localidad.

Allí me recibe siempre la imponente figura del ciervo, recortando su silueta contra nuestro cielo infinito: un guardián silencioso y un emblema inconfundible del paisaje indómito, que llevo grabado en el corazón.

Un poco más adelante, emergiendo de la tierra misma, esa escultura con forma de mano me transmite siempre la misma emoción: la fuerza brutal del trabajo comunitario y la calidez de un abrazo de bienvenida para quien llega a nuestro hogar.

Pero el arte en nuestro pueblo también sabe de lecturas y de infancias compartidas. En el frente de la biblioteca popular, en medio de un parque que recorro con la mirada, me encuentro con la inefable Mafalda.

Verla plasmarse tanto en el colorido mural como en esa entrañable escultura sentada en su banco verde me saca inevitablemente una sonrisa. Como buena lectora, siento que la obra de Quino me da la bienvenida al universo de los libros; su mirada curiosa parece recordarme, en plena rutina cotidiana, el valor incalculable de la palabra y del pensamiento crítico.

Sin embargo, el momento en que mi pulso se acelera es frente al imponente mural que rescata el origen de nuestra tierra. Al pararme ante esa pared, la pintura me devuelve con crudeza y orgullo nuestra memoria histórica: la figura

del aborigen ranquel alzando su lanza junto a su toldería, mientras el fuego consume la carreta del hombre blanco. Es un homenaje visual que me conmueve profundamente, una reivindicación a la resistencia de nuestros pueblos originarios frente a la estafa y el avance colonizador. Esa carreta envuelta en llamas —de donde nace el nombre que hoy nos da identidad— me recuerda que la historia de nuestro lugar no está enterrada en libros viejos, sino viva y latiendo en las paredes que habitamos.

Así, entre esculturas que desafían el viento pampa y murales que gritan verdades, siento que el arte callejero en Carro Quemado no es un mero adorno. Es mi memoria viva, es mi orgullo pampeano y es el espejo donde elijo mirarme cada día.

**AVE FÉNIX**

Norma Etel ROJAS
Carro Quemado, La Pampa